

UNIVERSIDAD FASTA
ESCUELA DE HUMANIDADES

Licenciatura en Educación Religiosa

TRABAJO FINAL INTEGRADOR

PROPUESTA DE CLASE

GROSSI, Pablo Ariel

Fecha de Entrega

12/09/2021

Calificación:

8 (OCHO)

TEMA

Educación en virtudes

PROPUESTA DE CLASE

1. TEMA DE LA CLASE

Educación en virtudes

2. DESTINATARIOS

Alumnos de séptimo grado del Nivel Primario

3. BIBLIOGRAFÍA DEL ALUMNO

Bilyk, J. (2008). *Las virtudes: o la conquista de la bienaventuranzas*. Buenos Aires: Aquinas.

Brie, R (1998). *Los hábitos del pensamiento riguroso*. Buenos Aire: Ediciones del viejo aljibe.

4. BIBLIOGRAFÍA DEL DOCENTE

García Hoz, V. (ed) (1989). *El concepto de persona*. Madrid: Rialp.

García Hoz, V. (1981). *La tarea profunda de educar*. Madrid: Rialp.

Guardini, R. (1994). *Una ética para nuestro tiempo*. Buenos Aires: Lumen.

Isaacs, D. (2000). *La educación de las virtudes humanas y su evaluación*. Pamplona: EUNSA.

Hernández de Lamas, G. B. (2016). "Capítulo III: La causa material de la educación. El problema antropológico". En *La ciencia de la educación*. Buenos Aires: "Instituto de estudios filosóficos Santo Tomás de Aquino".

Marini, P. A. (2018). *La vida virtuosa*. Módulo de Estudio Licenciatura en Educación Religiosa. Filosofía de la educación, Mar del Plata: Universidad FASTA.

Medina, H. G. (2003). *Antropología filosófica*. Mar del Plata: Universidad FASTA.

Mujica Rivas, M. L. (2010). "Primera parte: principios antropológicos". En *El concepto de educación de San Agustín*. Pamplona: EUNSA.

Muscará, F. (2012). *Hacia una Teología de la Educación*. Tucumán: Universidad del Norte Santo Tomás de Aquino.

Pieper, J. (2008). *Virtudes Cardinales*, Buenos Aires: Librería Córdoba.

Pieper, J. (2008). *Virtudes Teologales*, Buenos Aires: Librería Córdoba.

5. RECURSOS DIDÁCTICOS

- Vaso con agua
- Paño de tela
- Planta
- Encendedor

6. ESQUEMA DE LA CLASE

6.A- ACTIVIDAD DE APERTURA

Se les presentará a los alumnos un vaso de agua y un paño de tela, un encendedor y una hoja de papel, y una planta. Con el agua se mojará el papel, con el encendedor se quemará la hoja y se mostrará la planta. Luego, se les formularán preguntas a los alumnos para inducir la siguiente conclusión: en el mundo natural las cosas “funcionan” regularmente bien.

A continuación, se dejará caer la planta, fingiendo que fue accidentalmente. Finalmente, se les dirá: acabo de cometer un error. ¿El fuego puede equivocarse? ¿Y el agua? ¿Y la planta? ¿Por qué el ser humano (que, según vimos en clases anteriores) sí puede hacerlo? Se procurará inducir la respuesta: porque la inteligencia no siempre acierta. Se evocarán, asimismo, ejemplos cotidianos de errores de la inteligencia y malicia de la voluntad.

6.B- TEMARIO DE LA CLASE

1. Concepto de hábito
2. Clasificación de los hábitos
 - a. Hábito operativo y hábito entitativo
 - b. Hábito operativo bueno (virtud) y hábito operativo malo (vicio)
3. Virtudes cardinales
 - a. Prudencia
 - b. Justicia

- c. Fortaleza
- d. Templanza
- 4. Virtudes teologales
 - a. Fe
 - b. Esperanza
 - c. Caridad
- 5. Algunas virtudes intelectuales
 - a. Ciencia, intelecto, sabiduría y arte
 - b. Los hábitos del pensamiento riguroso
 - c. Comprensión, concentración y orden.

6-C ACTIVIDAD DE EVALUACIÓN

Se les presentará a los alumnos una actividad individual para que seleccionen entre opciones múltiples para comprobar si han comprendido o no el tema presentado. Deberán resolverla en clase, y se corregirá con una calificación conceptual (criterio de corrección: ninguna o una respuesta correcta: insuficiente; dos o tres respuestas correctas: regular; cuatro respuestas correctas: bien; cinco respuestas correctas: muy bien; las seis respuestas correctas: excelente). Si el porcentaje de alumnos que obtienen insuficiente o regular como calificación es elevado, se reforzará el tema en la siguiente clase.

Elegir la opción correcta:

1. El ser humano...
 - a. Es superior a los animales
 - b. Tiene inteligencia y voluntad
 - c. Puede equivocarse y también puede obrar el mal
 - d. Todas las anteriores son correctas
 - e. Ninguna de las anteriores es correcta
2. Los hábitos son...
 - a. Buenos y malos al mismo tiempo
 - b. Todos buenos
 - c. Todos malos
 - d. Algunos buenos y otros malos
3. Las virtudes son...
 - a. Buenas y malas al mismo tiempo
 - b. Todas buenas

- c. Todas malas
 - d. Algunas buenas y otras malas
4. Las virtudes...
- a. Perfeccionan al ser humano en su dimensión cognitiva
 - b. Perfeccionan al ser humano en su dimensión social
 - c. Perfeccionan al ser humano en su misma condición de ser humano
 - d. Perfeccionan al ser humano en su dimensión religiosa
 - e. Perfeccionan al ser humano en su dimensión física
5. La prudencia...
- a. Es una virtud teologal
 - b. Es una virtud cardinal
 - c. Es una virtud puramente moral
 - d. Es una virtud puramente intelectual
 - e. No es una virtud, es un hábito
6. Las virtudes cardinales...
- a. Se dividen en naturales y sobrenaturales
 - b. La mayoría de las personas las reciben como regalo divino
 - c. Son patrimonio exclusivo de los cristianos
 - d. Todas las respuestas anteriores son correctas
 - e. Ninguna de las respuestas anteriores es correcta
7. Las virtudes teologales
- a. Son un regalo de Dios
 - b. Deben cultivarse una vez recibidas
 - c. Son propias de los cristianos
 - d. Todas las respuestas anteriores son correctas
 - e. Ninguna de las respuestas anteriores es correcta
8. El principal responsable de la formación de virtud es...
- a. El mismo sujeto que forma las virtudes
 - b. La familia
 - c. El colegio
 - d. El Estado
 - e. La sociedad

7. COMENTARIOS

Durante las clases anteriores se han trabajado cuestiones de índole antropológico filosófica, que serán los saberes previos necesarios para abordar el tema de la virtud.

8. ANEXO:

Llamamos hábito a la predisposición interior para obrar de determinada manera, en un contexto y en una situación específicos. Un hábito no es una simple costumbre o una rutina mecánica. Los hábitos se adquieren de manera voluntaria, y pueden ser entitativos (cuando repercuten de modo directo en nuestro ser, como la salud o la gracia) u operativos (cuando repercuten de modo indirecto en nuestro ser, a través del obrar).

Cuando los hábitos operativos sufren un desajuste respecto de la realidad, y, en consecuencia, resultan contrarios a la perfección del sujeto que obra, son considerados vicios. Un vicio constituye una predisposición interior a obrar de manera inadecuada. Por el contrario, cuando el hábito perfecciona al individuo, ayudándolo a obrar el bien y a encontrar la verdad con mayor deleite y espontaneidad, se lo denomina virtud.

Las virtudes pueden ser comprendidas en diversos sistemas de clasificación. Un criterio posible es según la dimensión del ser humano que perfeccionan: la natural o la sobrenatural. En el primer caso, nos estamos refiriendo a las virtudes cardinales. En el segundo caso, nos estamos refiriendo a las teologales.

Las virtudes cardinales son consideradas el origen de todas las virtudes que existen. Suelen ubicarse en el justo medio entre dos vicios opuestos. Así, por poner el caso, la valentía es el justo medio entre la cobardía y la temeridad. Las virtudes cardinales no son patrimonio exclusivo de la ética cristiana; por el contrario, aparecen, de modo más o menos desarrollado, en los códigos de ética y de buenas costumbres de la mayoría de los pueblos de la Edad Antigua. Nos referimos a la prudencia, a la justicia, a la fortaleza y a la templanza.

La templanza es considerada como la madre de todas las demás virtudes. Esta afirmación, nos dice el filósofo alemán Josef Pieper, es mucho más que una metáfora. En efecto, la virtud de la prudencia consiste en el hábito de ver correctamente la realidad y de obrar en consecuencia, y también puede ser definida como la capacidad de seleccionar el mejor camino para llegar a una meta propuesta. Por lo tanto, ella es la madre de las demás virtudes cardinales en tanto que no se puede ser justo, fuerte y templado, si primero no se es prudente. Y, asimismo, quien es prudente necesariamente resulta también ser justo, ser fuerte y ser templado. La prudencia es una virtud que es al mismo tiempo intelectual y moral. Es una virtud intelectual porque se requiere de la inteligencia para captar correctamente la realidad. Y es una virtud moral porque no se limita a la mera percepción de la realidad, sino que lo percibido se traduce en acciones concretas. Las virtudes anexas a la prudencia son la docilidad (o sea, la humildad de aceptar la realidad tal y como es), la memoria (es decir, lo

que nos permite registrar los recuerdos sin pretender adulterarlos) y la solercia (que se trata del saber obrar con espontaneidad frente a las situaciones imprevistas).

La virtud de la justicia se define como el firme propósito de dar a cada uno lo que le corresponde. Es la prudencia, pero aplicada a las relaciones con los demás seres humanos, y también con Dios, en un nivel natural. Es por eso que la religión es una virtud derivada de la justicia. Asimismo, se sigue de la justicia la virtud de la piedad, la cual consiste en rendirle el debido honor a nuestros progenitores y a nuestra patria. Con Dios, con los padres y con la patria se tienen deudas que, por su misma naturaleza, son imposibles de saldar. Asimismo, dentro de la virtud de la justicia se reconocen tres partes: la justicia legal —establece lo que el individuo debe a la sociedad —, la justicia distributiva —que regula lo que la sociedad debe a cada individuo —, y la justicia conmutativa —que se refiere a las acciones de los individuos entre sí—.

La siguiente virtud es la de la fortaleza. La fortaleza es la virtud según la cual se puede resistir un mal en vistas a un bien mayor al mal padecido. La fortaleza es la virtud propia de los héroes (en el plano natural) y de los mártires (en el orden sobrenatural). Lo propio de esta virtud es el resistir. Pero también es propio de ella el atacar.

Por último, completando el cuarteto de virtudes cardinales, está la virtud de la templanza. La templanza es la virtud que regula, encausa y ordena los placeres. Los placeres, ciertamente, son algo bueno y querido por Dios para el hombre. Pero cuando se desordenan se vuelven destructivos para con el hombre. La templanza regula, entre otras cosas, los placeres sensoriales (como puede ser la comida) y espirituales (como puede ser el deleite que hay en el conocer y en el aprender).

Estas virtudes son alcanzadas mediante la repetición —voluntaria y consciente— de buenas acciones. Son naturales, y, generalmente, se alcanzan de manera natural. Pero también existen virtudes de otra índole, que no se alcanzan de modo natural y voluntario, sino que son, literalmente, un regalo del Cielo. Nos referimos a las virtudes teologales: la fe, la esperanza y la caridad.

La fe es la virtud teologal según la cual se cree con firmeza en Dios y en aquello que Él mismo reveló y propuso para ser creído. La aceptación de las verdades de fe es necesaria para la salvación. Pero muchas de estas verdades, debido a las heridas del pecado original, no pueden alcanzarse por medios naturales. Es por eso que Dios las revela, y, al mismo tiempo, nos otorga la virtud de aceptarlas —es decir, de considerarlas verdaderas—.

La esperanza es la virtud por la cual se anhela la vida eterna y se confía —no en los propios méritos sino— en la misericordia divina para poder alcanzarla. Como contrapartida de esta virtud se encuentra la desesperanza y la presunción.

Por último, está la mayor de todas las virtudes: la caridad o amor. La caridad es la virtud teologal gracias a la cual se ama a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a uno mismo. Es el primero y más importante de los mandamientos: así figura en el Decálogo y así lo ratifica Nuestro Señor Jesucristo. Son múltiples los motivos que señalan la primacía de la caridad. Mencionamos tres: en primer lugar, porque Dios mismo es Amor. En segundo lugar, porque ya está presente en la filosofía clásica la idea de que uno es quién es y obra como obra según aquello que ama. En tercer lugar, porque en la Vida Eterna la fe y la esperanza desaparecen —pues allí ya no serán necesarias ni la una ni la otra— y lo único que permanece es el amor.

Si bien, como ya dijimos, estas tres virtudes son un don de Dios, no es menos cierto que es una tarea personal el conservarlas y acrecentarlas. Los regalos divinos no se imponen: uno puede aceptarlos o rechazarlos.

Hasta aquí hemos enumerado virtudes al modo clásico. Las cardinales fueron enunciadas, por ejemplo, por los grandes filósofos griegos. Los filósofos medievales las recogieron de buena gana, y a ellas les sumaron las tres teologales, cuyo origen está ciertamente en las Sagradas Escrituras. Ahora bien, la clasificación de virtudes puede ampliarse. Se pueden considerar, por ejemplo, virtudes intelectuales.

En este sentido, cabe mencionar los conceptos elaborados por Aristóteles de ciencia, intelecto, sabiduría y arte, comprendidos por él como virtudes intelectuales. Según Aristóteles, la ciencia constituye el conocimiento cierto por las causas, en tanto al hablar del intelecto nos referimos a la facultad gracias a la cual se tiene conocimiento del mundo. La sabiduría, por su parte, se encarga de los primeros principios y de las causas, con la dimensión ética que conlleva el conocimiento acerca de lo que sigue de los principios, y la verdad sobre ellos. Por último, el arte o *techné*, cuyo objeto propio es la producción: se trata de la disposición racional que nos permite hacer cosas con ayuda de la razón.

Otra forma de seguir ampliando el panorama de las virtudes intelectuales es incorporar los hábitos del pensamiento riguroso, según los desarrolla Roberto Brie. Por un lado, está el hábito de la definición. En este sentido, Brie destaca que el acostumbrarse a dar definiciones respecto de la realidad tiene una importancia fundamental a la hora de adquirir el espíritu científico. La definición consiste en decir lo que la cosa es, para lo cual se requiere comprender claramente el significado y el sentido de un término particular, en un determinado contexto. La transparencia al hacerlo es vital, pues nos permite saber hasta dónde llega un concepto, y

qué conocimientos abarca. Por ello, constituye un elemento fundamental para la formación de un pensamiento crítico.

En segundo lugar, encontramos detallado por Brie el hábito de la distinción; consiste en una de las operaciones que él considera más espontáneas para nuestro entendimiento: por medio de ella, se separan cosas que en el orden de la realidad no se encuentran separadas. Constituye también una operación clave para hacer avanzar el conocimiento de la realidad, pues para este autor, podremos conocer la unidad en la medida en que separamos.

A continuación, contamos con el hábito de la relación y de la causalidad. Para este hábito resultan fundamentales la observación y la reflexión, pues se puede relacionar más y mejor en la medida en que se cuente con mayor pluralidad de elementos a relacionar. Por ello, este hábito se contrapone a la cerrazón ideológica o a la excesiva especialización de las ciencias, y también nos ayuda a dar cuenta del porqué de las afirmaciones que hacemos.

En cuarto lugar, debemos mencionar el hábito de la sistematización, pues todo saber tiende a ser un conocimiento organizado. Es posible sistematizar, siempre y cuando se encuentre un principio ordenador, y es indispensable que se explicité ese principio —cuyo criterio rector puede variar de acuerdo al individuo, a la disciplina, al momento histórico y al paradigma científico—. Cabe también destacar que el saber sistemático constituye un saber deliberado, no espontáneo.

Luego es importante mencionar el hábito de la crítica, concebido como un criterio de evaluación o de examinación, que puede obtener resultados tanto negativos como positivos. Constituye una operación del entendimiento por medio de la cual se somete un juicio a una prueba que probará o refutará su validez, con instrumentos afines según se los considera en un momento dado. Por ello, permite apreciar la realidad, distinguir lo verdadero de lo falso y lo valioso de lo que no lo es.

Por último, el hábito de la síntesis conlleva un esfuerzo del entendimiento por obtener visiones lo más inclusivas que se pueda, de un mayor número de conocimientos; se reconoce, por lo tanto, como un conocimiento no acabado, no definitivo, que siempre se expresará en términos de una tendencia. Se diferencia de manera fundamental respecto del resumen por el hecho de que este es apenas el principio, “un balbuceo”, mientras que la síntesis constituye un hábito de madurez intelectual.

A este conjunto bien delineado de virtudes intelectuales podríamos añadir un último grupo, integrado por la comprensión y la concentración, como las entiende Romano Guardini, y el orden, para cuya descripción seguimos a David Isaacs. La comprensión consiste en una

cualidad fundamental para la vida en comunidad, vital para la relacionalidad: tiene que ver con la comprensión de que nuestra interioridad puede reflejarse en nuestro exterior, y de que, por tanto y análogamente, también podemos comprender al otro, leer su exterior para conocer su interioridad, y así comunicarnos. En el polo opuesto, o más bien, complementario, podríamos encontrar la siguiente virtud, la concentración: se trata, en efecto, de la operación meditativa por medio de la cual el hombre se concentra en sí mismo, se enfoca en su interioridad (y que, sin llegar a un nivel sobrenatural, sería un inicio de puerta de acceso al conocimiento divino). Por último, el orden es una virtud que dependerá de la prudencia, pues no puede convertirse en un fin en sí mismo, sino que debe tenerse en claro el motivo por el cual se lo persigue. El orden comprende una distribución adecuada del tiempo, una buena organización de las cosas, y la realización de las actividades concretas.

Finalmente, cabe recalcar que la educación consiste, ni más ni menos, en la formación de virtudes. Como hemos dicho, las virtudes se forman de manera consciente y voluntaria; por lo tanto, nadie puede formar en virtudes si no quiere hacerlo, así como nadie puede crecer en la virtud (por más que otro intente enseñarle acerca de ella) si no surge como una necesidad y una decisión de su voluntad. Nos resulta también importante afirmar que el ámbito natural en el que se da esta educación en las virtudes es, sin lugar a dudas, la familia; la escuela coadyuvará a esta labor, apoyando a la familia en su camino, para que los sujetos de esta educación resulten individuos más virtuosos y, por tanto, mejores personas.